mundo gráfico

Miércoles, 11 de Mayo de 1938

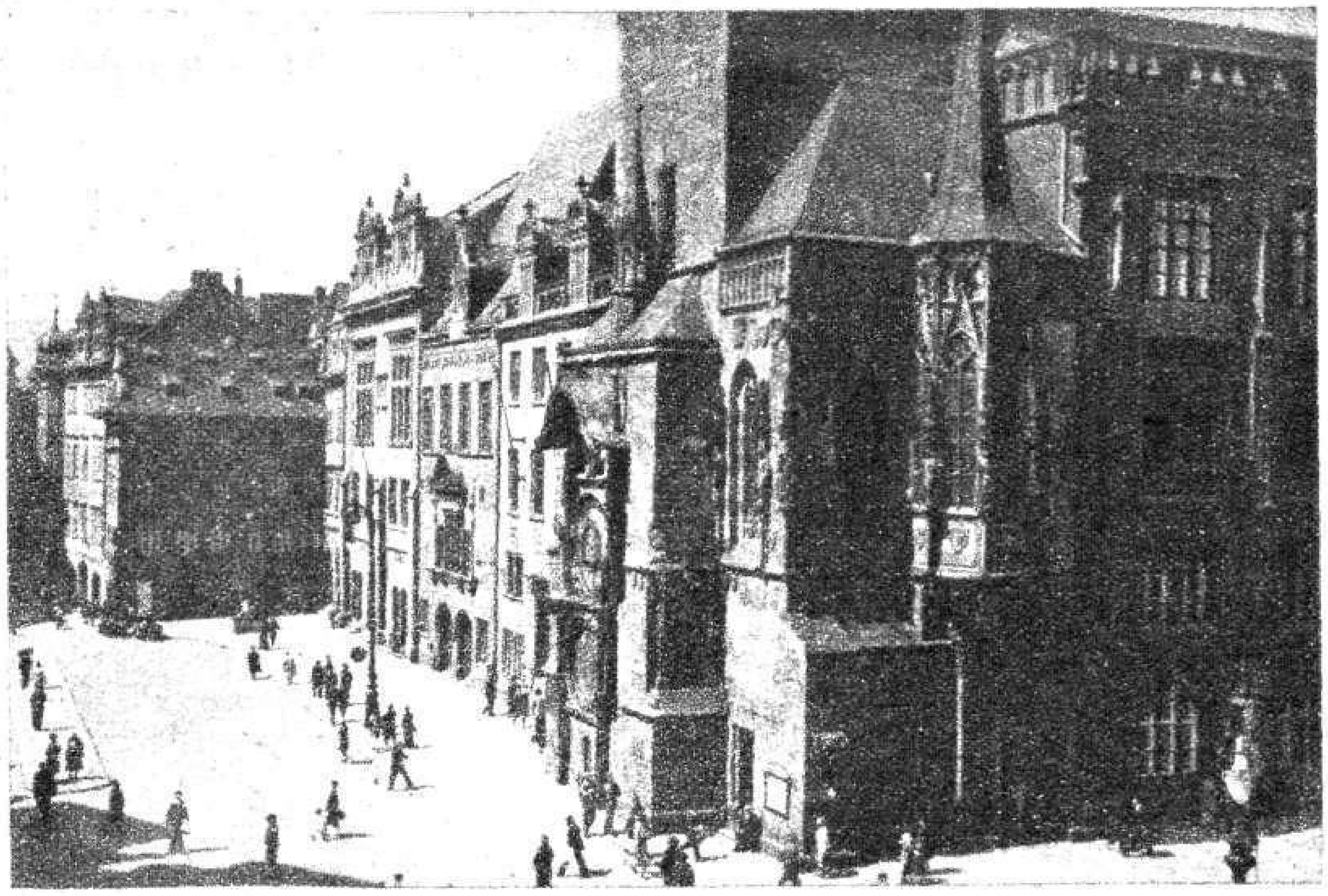
AÑO XXVIII
Número 1.384
Hermosilla 73
Apartado 571
MADRID

40 CTS

CHECOESLOVAQUIA, INQUIETUD DE EUROPA

Las miradas del mundo se clavan ahora atentamente sobre ese pequeño Estado centroeuropeo, que nació de la Gran Guerra, hace veinte años. ¿Será hoy, al cabo de ese tiempo, motivo Checoeslovaquia para una nueva contienda mundial? He aquí una perspectiva parcial de Praga, la capital checoeslovaca

(Véase en el interior del número una información sobre este problema



El Palacio del Ayuntamiento de Praga

CHECOESLOVAQUIA

El Estado que surgió de una guerra y puede ser motivo de otra

En el mapa de la Europa central, la alta Diplomacia está cruzando ahora sobre esa lengua terrestre que es Checoeslovaquia las líneas de las hipótesis políticas más contrapuestas. Checoeslovaquia hace fruncir con trazo pensativo las frentes de los ministros de Negocios Extranjeros, en quienes encarna, ante sus pueblos y ante la Historia, la responsabilidad de la paz. Y acelera simultáneamente, hasta ritmos vertiginosos, la producción de las factorías militares, sugestionadas por los Estados Mayores y los Ministerios de Defensa.

El Estado que surgió de la guerra europea

En 1914, los territorios que hoy constituyen la República checoeslovaca formaban parte del Imperio austro-húngaro. Eran el viejo reino de Bohemia, las provincias —llamadas «históricas»— de Moravia y Silesia, Eslovaquia y la Rusia subcarpática, de rasgos diferenciales bien señalados, de arraigadas ambiciones separatistas, pero sólidamente atenazadas por el poderoso régimen imperial.

La guerra ofreció, acaso, una oportunidad única para la liberación. Austria-Hungría, ya vacilantes las manos de Francisco José, rodaba por las tierras ensangrentadas de Galitzia, bajo la planta gigantesca del oso ruso, que avanzaba gruñón. Fué cuando los checos se apresuraban a formar sus legiones entre las filas de los ejércitos aliados, dispuestos a sacudir, aun a costa de la vida, aquel yugo que los Habsburgo les impusieran. En París, en Suiza, en Rusia, los propagandistas de aquellos anhelos libertadores iban, a la vez, modelando ante el mundo el concepto del nuevo Estado. Eran el catedrático de la Universidad de Praga, Tomás Garrigue Masaryk, y Eduardo Benés, y Scheiner, y Rotislav Stefánik... En 1916 queda ya constituído en París el Consejo Nacional Checoeslovaco, bajo la presidencia de Masaryk, que recibía de Briand, el jefe del Gobierno de Francia, la promesa del reconocimiento de Checoeslovaquia como un Estado independiente.

Había muerto el emperador Francisco José y le sucedía en el trono austro-húngaro Carlos Habsburgo, que pretendía conciliar la conservación del Imperio con el respeto a la existencia de aquella entidad geográfica checoeslovaca, bien distinta ya. Pero este respeto se les ofrecía demasiado tarde a los checoeslovacos. Con Alemania, Austria-Hungría había perdido la guerra, y el Imperio de los Habsburgos se extinguía.

Checoeslovaquia, reconocida como Estado independiente por los vencedores, surgía sobre el mapa centroeuropeo de la post-guerra como nación.

Cómo está constituída la República checoeslovaca

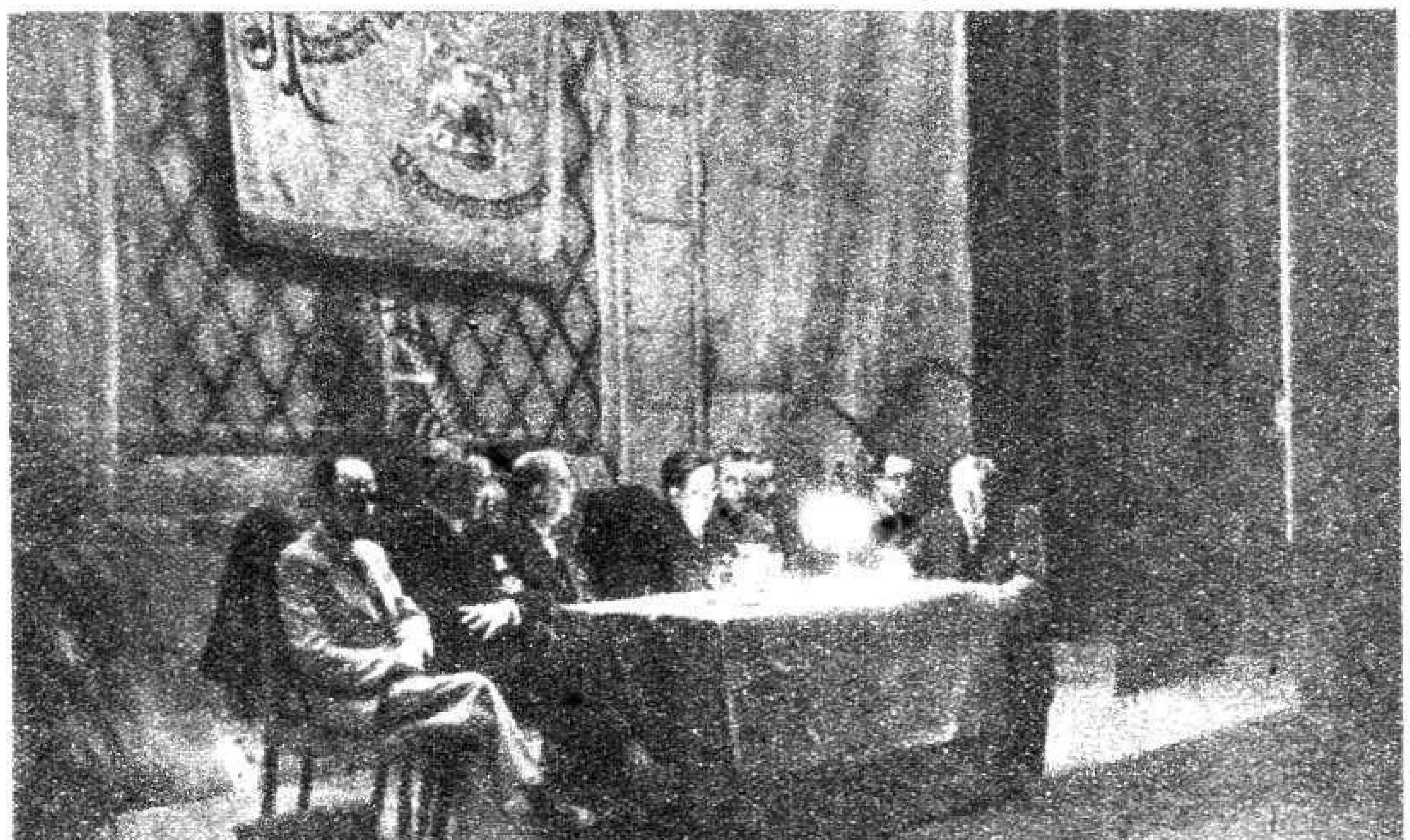
El 28 de Octubre de 1918 quedó constituída definitivamente la República checoeslovaca. Y en 1919, a la firma de los Tratados de Versalles y de Saint-Germain, se le reconocían sus fronteras, dentro de las que quedaban, además de las viejas provincias de la corona checa —Bohemia, Silesia y Moravia—, la Eslovaquia y la Rusia subcarpática. Alemania cedía al nuevo Estado Hlucin, y Austria perdía, al otro lado de aquellas fronteras, los distritos de Vitoraz y Valtice. El primer presidente de la República checoeslovaca fué Masaryk. Rápidamente, Checoeslovaquia consolidaba su posición internacional. En el interior, sus leyes obedecían a una ambición liberal y democrática, que estaba impregnada de ideales revolucionarios. Porque revolucionario fué el origen de la existencia de la República checoeslovaca, de la misma expresión geográfica del Estado recién nacido, alimentado por los países aliados de Europa frente al Imperio austro-húngaro, del que fué el pueblo checo súbdito rebelde. En el exterior, mediante numerosos Tratados políticos y comerciales, que ligaban los intereses checoeslovacos con los intereses de todos los otros Estados de Europa. Convenios con Austria y Polonia, con Hungría, con Francia, con Italia. Hasta llegar a establecer la «pequeña Entente», la alianza política entre Checoeslovaquia, Yugoeslavia y Rumania, para asentar sobre ella los sólidos cimientos de su seguridad nacional.

La diversidad de razas de la población checoeslovaca

Catorce millones de habitantes clasifica el censo de población del Estado checoeslovaco. Catorce millones de habitantes, de los que corresponden a la raza checoeslovaca el sesenta y cinco por ciento; el cinco por ciento, a los húngaros; el tres, a los rusos; el veintitrés, a los alemanes, organizados en diferentes partidos políticos: el Partido Social-demócrata de la Clase Obrera, de orientación marxista, con tendencias bolcheviques, y cuyo presidente, el doctor Czech, ha compartido con los jefes políticos de la República las responsabilidades del Gobierno; el Partido Progresista Agrario, también incorporado a la política gobernante en Checoeslovaquia; el Partido Populista Católico Socialista, cuyo jefe, Mayr-Harting, fué ministro de Justicia desde 1926 a 1929, y el Partido Nacional Alemán, de franca significación nacionalista germana, que no reconoce la existencia del Estado checoeslovaco. Y así se llega a este instante, cuando Adolfo Hitler plantea ante el mundo el problema de las reivindicaciones de Alemania frente a aquellos países en los que el índice de población acusa una minoría alemana considerable.

¡Austria está tan cerca!... ¡Y Europa siente sonar dentro de sí tan fuertemente el hierro de las armas!... Que en tanto una arruga surca las frentes de la alta Diplomacia, y aceleran su producción las factorías militares, sobre el mapa, ante Checoeslovaquia, se piensa si aquel Estado que surgió hace veinte años de la guerra europea será, veinte años más tarde, motivo de una guerra de Europa otra vez.

José ROMERO CUESTA



José López y López, presidente del Arte de Imprimir, en un momento de la interesantísima conferencia que dió el día Primero de Mayo, en el Teatro Español, sobre «Fuenteovejuna», una de las obras de Lope en que mejor se acusa la emoción popular del teatro de nuestro gran comediógrafo

Estrenos teatrales en Madrid

UN ARTE QUE NO SE ENTERA

En estos días, y con motivo del estreno de varias piezas teatrales, parece que se ha reverdecido la severidad de los críticos.

De vez en cuando la crítica se enfada un poco —nada más que un poco— y se acuerda de que la pluma, en sus manos, debe ser escalpelo disector, y no botafumeiro infatigable. Y, naturalmente —humanamente, mejor dicho—, surge en seguida la protesta de los autores heridos en su vanidad. Y, lo que ya no es ni natural ni humano, la queja de otros críticos que se creen en el caso de tomar la defensa de los comediógrafos vapuleados. Romántica, quijotesca protesta, que carece de razón. Porque, ciertamente, no es obligatorio escribir mal. Pero esto es perfectamente evitable. Basta con no escribir; porque, hasta ahora, ninguna ley obliga a los ciudadanos a pergeñar obras teatrales.

Y ahora, menos que nunca. Porque ahora, precisamente, no están los tiempos para pasatiempos inútiles y derroches estériles. Si todo el mundo tiene un deber que cumplir, el artista, el escritor, el periodista deben sentir esa obligación en grado máximo. Si todo el mundo vive, hace y sufre la guerra, y con ella la gran inquietud, la honda transformación política y social que la guerra significa, ¿puede ni debe permitirse a un arte, a una profesión, que no viva acorde con la hora, que «no se haya enterado» todavía de que desde hace veintiún meses en España están ocurriendo sucesos únicos en nuestra Historia y acaso en la del mundo?

Pues así sucede. Se «han enterado» de la guerra el político y el militar, el comerciante y el labrador, el médico y el obrero, el industrial y la mujer de su casa. Quien más quien menos, ha sabido acoplarse a la dura realidad, hacer evolucionar sus ideas, amoldarse al ritmo de los sucesos, someterse a los sacrificios, cambiar, en fin, su mentalidad y su espíritu al compás de las circunstancias. En la nueva España de la guerra, cada uno se ha sentido obligado a evolucionar un poco, a participar en la ineludible y dramática novedad.

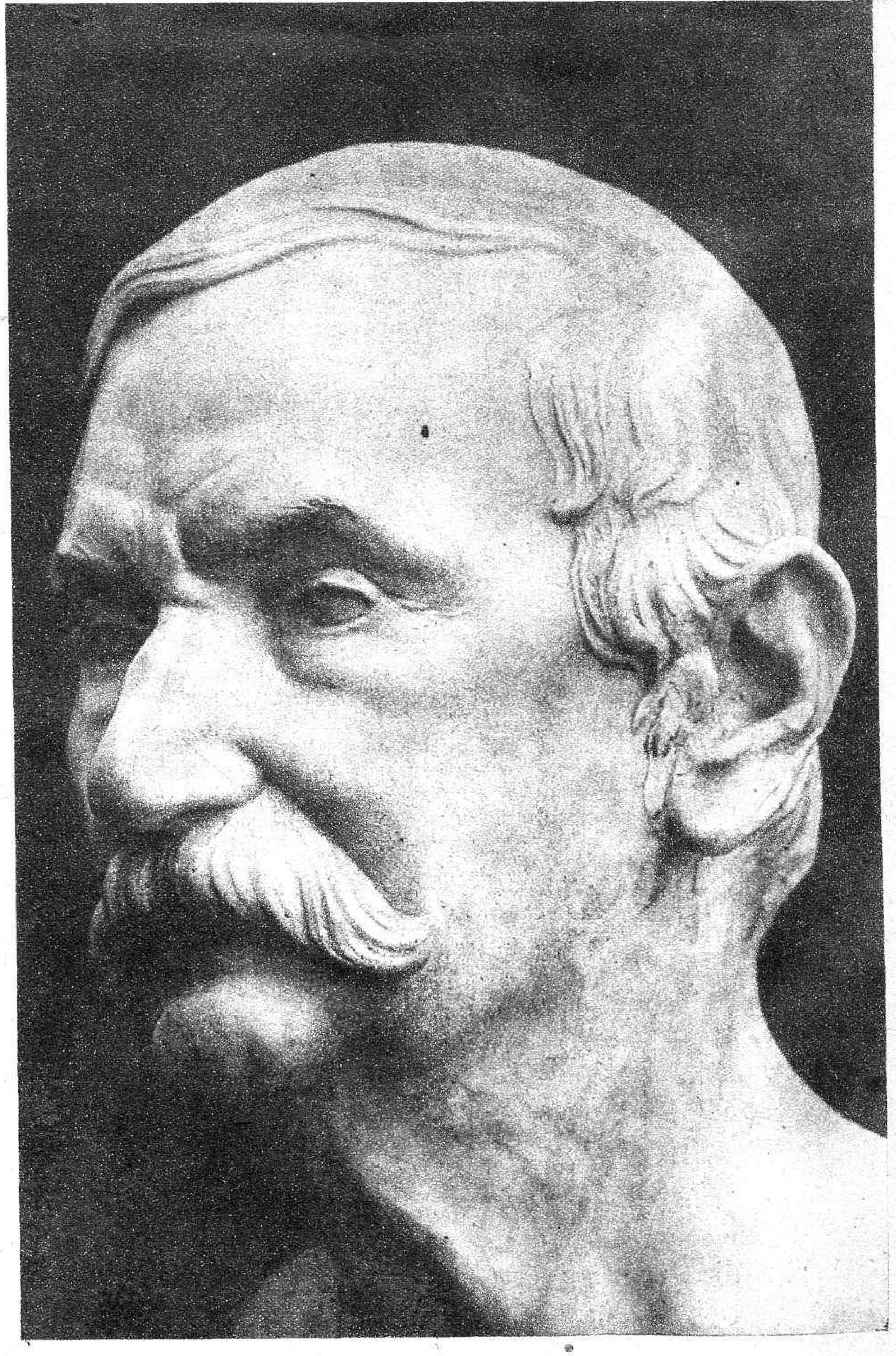
Nuestra guerra la hace el pueblo, y el arte tiene la obligación de rimar, de coadyuvar en esa gran empresa del pueblo. El Teatro no lo hace; sigue petrificado, anquilosado, indiferente al gran suceso español, enquistado en viejos moldes, fijo en problemas que no son de hoy, con la brújula hacia la taquilla.

Cuando en España se están renovando tantos valores e improvisándose, con genialidad racial, tantas grandes cosas, sólo el Teatro acusa un lamentable déficit. Cuando todo es gallardía y fecundidad creadora, nuestro arte teatral queda en descubierto, pecando ante la conciencia popular o por impotencia o por cobardía.

J. F.

EL AFÁN DE LEER

¿Por qué no se editan las obras de GALDÓS?



CON motivo del 2 de Mayo se han establecido certeros parangones—especificando diferencias justas—entre aquella guerra de Independencia contra las huestes napoleónicas y la que hoy sostiene nuestro pueblo contra la invasión fascista.

Un modo muy afortunado de conmemorar la fecha histórica ha sido la reproducción, en varios periódicos y en una profusa edición de octavillas, de párrafos del inmortal *Episodio* galdosiano dedicado a aquella brava gesta del pueblo madrileño. Fragmentos de la clara, limpia, tersa prosa del maestro—tan aguda, tan honda y tan popular al mismo tiempo—han servido de recordatorio oportuno y de entusiasta estímulo para este pueblo de hoy, emulador de aquel que supo alzarse gallardamente contra la sorbebia avaricia del ogro de Córcega.

La avidez y el gusto con que hemos observado al público leer esos fragmentos de la gran obra de Galdós nos ha movido a inquirir en librerías fijas y ambulantes si esa rememoración del maestro ha influído en la venta de sus libros. Respuesta negativa. La razón es obvia. No se venden ni más ni menos libros de Galdós, sencillamente porque no existen. Las ediciones están totalmente agotadas hace mucho tiempo, y ni aun en las más surtidas librerías de lance se encuentran ejemplares de la primera serie de los *Episodios Nacionales*, ni mucho menos de las magníficas *Novelas Españolas*.

Es notorio que durante la guerra se ha intensificado y en muchas zonas del pueblo se ha despertado, con fuerza inédita, el afán de leer. Copiosos reportajes dedicados a este respecto confirman que la venta de libros ha sido y es uno de los mejores negocios de Madrid. La literatura, toda ella—la buena, la mediocre y hasta la francamente recusable—ha abandonado los clásicos anaqueles, los presuntuosos escaparates, y a lomos de carritos y en frágiles tenderetes se ha lanzado a la calle. Naturalmente, los buenos libros se han agotado pronto. Pero como la curiosidad lectora no amaina, se han volcado en las aceras millares de volúmenes que dormían empolvados en los almacenes editoriales, sobrantes de ediciones antes tenidas por invendibles, libros que ya parecía que sólo para «papelote» podrían ser utilizados. Con la demanda ha surgido la granjería. Han recuperado su valor nominal de varias pesetas volúmenes que antes nadie hubiera adquirido por unos céntimos, y muchos de estos mamotretos indeseables aun se permiten el lujo cínico de un sobreprecio de guerra.

El público lo adquiere todo, lo devora todo, como en un afán de desquite de muchos años de hambre de cultura, de curiosidad insatisfecha.

Parece llegado, pues, el momento de que las autoridades intelectuales pongan mano en el comercio de libros, al modo con que las celosas autoridades gubernativas vigilan y dirigen los mercados de otros artículos. El libro, como su hermano menor el periódico, es hoy una primera necesidad. Merece, por tanto, que se vigile su calidad y su precio; que se evite que el pueblo consuma un alimento espiritual nocivo y que sea esquilmado por especuladores sin escrúpulos.

Hoy, en la calle, se vende todo, sin discernimiento, sin selección. Cierta literatura puede ser tan tóxica como un pescado o una fruta en malas condiciones. Y de esa literatura mala y, lo que es peor, estúpida, están llenas las librerías madrileñas. Hay, pues, que hacer una limpieza a fondo, evitar que el afán de leer se sacie en linfas turbias y malolientes.

Y en seguida acudir a calmar con buen caudal de arte y de cultura esa avidez dichosamente despierta en nuestras clases populares, proporcionarle en abundancia el alimento espiritual de buenos libros.

Ninguna oportunidad tan manifiesta como la de reeditar las obras más famosas de Galdós. En estos momentos, sobre todo. Sus *Episodios* inmortales *Dos de Mayo*, *Gerona*, *Cádiz*, todos los que aluden a la gloriosa epopeya del pasado siglo, a la titánica lucha de España por su Independencia, tienen tal valor de parangón, tan fecunda eficacia de ejemplo, tan noble vigor de estímulo, que no podrían encontrarse otros semejantes. Con mayor razón cuanto nuestra guerra no ha producido aún la literatura digna de las horas históricas que vivimos. Acaso sea aún pronto y «los árboles no dejen ver el bosque». A falta de la literatura, de los libros recién nacidos que rimen con la intensidad de este momento de España, ningunos como los de Galdós capaces de satisfacer al pueblo. Por la limpia llaneza popular de su estilo, por su vigoroso españolismo, por su profundo sentido humano y liberal, hasta por su aliento político liberal, demócrata y republicano, una reedición copiosa, popular, asequible a todos, de las obras más célebres de Galdós significaría, sobre un justo tributo al genio del escritor, un homenaje magnífico al pueblo para el que él escribió.

JUAN FERRAGUT

Un nuevo soberano de Africa en el destierro

El sultán desterrado, que amaba la oración, las mujeres y los perfumes

Cuando la pobre reina Ranavalo :: estuvo de moda en París ::

Etiopía—o post-Etiopía, mejor dicho—vuelve a ser tema de la Sociedad de Naciones. Unas cuantas palabras, unas cuantas fórmulas, van a rubricar el hecho consumado. Y el Negus habrá de seguir en su destierro, lejos de la tierra propia, que abandonó hace ahora dos años. Será, en Europa, un nombre más que añadir a los de los soberanos desterrados. Las testas coronadas van siendo cada vez menos, en Europa y en Africa. Pero así como Occidente decide por sí mismo su suerte, a través de hechos políticos, Africa ha de sufrir la suerte que Europa le impone.

Haile Selassie—ya se habla también de una pensión europea al Negus—unirá su nombre al de otros soberanos africanos, que igualmente, por presión de Europa, hubieron de vivir su vida en el destierro. Como Abd-el-Kader, como Behanzin, como Muley-Hafid.

* * *

De todos los grandes jefes africanos que hubieron de vivir en el destierro la última parte de su vida, el que más unió su nombre a la gloria es Abd-el-Kader. Luchó contra Francia, en defensa de su país, a lo largo de quince años. Al cabo de ese tiempo hubo de entregar su espada al general Lamoricière. El vencedor prometió al vencido que le permitiría retirarse a Alejandría o a San Juan de Acre. Pero el Gobierno francés tuvo parecer distinto, y lo internó en Tolón; después, en Paul y, por fin, en Amboise. Sin embargo, diez años más tarde, el viejo jefe fué autorizado para retirarse a Siria. Murió en Damasco, a los setenta y seis años, con una pensión de cien mil francos, que le asignó Francia, a la que conservó fidelidad.

Menos alejado de nosotros en el tiempo está Behanzin, que fué rey de Dahomey y soportó siempre el destierro con la sonrisa en los labios. Vivió exilado en la Martinica, con sus tres mujeres. Durante sus paseos se apoyaba en dos de ellas, mientras que la tercera mantenía suspendido sobre su cabeza el quitasol, en signo de su ex realeza. Grande, hercúleo, el regio prisionero gustaba de ataviarse suntuosamente en su cautividad. Su hija Mekeu llenaba la casa con sus cantos. Su hijo Wanilo era uno de los mejores alumnos en el Liceo San Pedro, en la Martinica, y estuvo luego en las tropas coloniales del Ejército francés.

Nombre recordado por todos es el de Muley-Hafid, que vivió entre nosotros. Renunció a sus bienes y sus derechos, y se trasladó a Francia para vivir tranquilamente sus días. Poeta y erudito, hizo poemas y trabajó en una Historia del Africa musulmana. Cuando se estableció en Enghien desconocía la lengua francesa. No pasó mucho tiempo sin que la hablase correctamente. Espíritu de artista y de filósofo, repetía frecuentemente a sus visitantes que tres cosas constituían la alegría de la vida: la oración, las mujeres, los perfumes. Por ello, los libros de religión forman sus lecturas favoritas. Por ello, su pequeño jardín de Enghien está siempre lleno de rosas.

* * *

Y como los soberanos de Africa, ellas también, las reinas. El nombre de Ranavalo, la soberana de Madagascar, es recordado aún por muchos.

El general Gallieni, que ha pasado a la Historia por su actuación durante la Gran Guerra organizando la defensa de París, fué el que se apoderó violentamente de la pobre reina Ranavalo. La despojó de toda autoridad. Inmediatamente, en su presencia, hizo fusilar a los parientes y los ministros de la negra infortunada. El mundo entero se estremeció de misericordia. Ranavalo fué llevada a París, con una sobrinita.

—¿Qué quieres ser tú—preguntaron a la niña— cuando seas grande?

—Quiero ser general, con cañones y fusiles—respondió la chiquilla.

Ranavalo, con su leyenda dolorosa, se puso de moda en París. Los periódicos apenas hablaban más que de ella. Atraía curiosidades y compasiones. Se crearon «sombreros Ranavalo», «corsés Ranavalo», «zapatos Ranavalo». La cocina se inspiró en ella también: «arroz a la Ranavalo», «tortas a la Ranavalo», «*ragout* a la Ranavalo». Y hasta la farmacopea: «pastillas Ranavalo», «jarabe Ranavalo».

Pero París, que ensalza pronto, olvida pronto también. La reina negra fué olvidada, fué una sombra más, hasta que llegó la muerte, en el destierro.

* * *

Una sola reina parece haber aceptado con alegría su destronamiento: la reina Salimba Machimba. Cuando la toma de Tannanarive, esta soberana reinaba sobre Moheli, una pequeña isla del Océano Indico, del grupo de las Commores, que fueron anexionadas a Madagascar.

La reina Salimba fué desposeída de su título, de sus propiedades y de sus privilegios. Para compensarla, el Gobiernos francés le asignó una renta—era en 1893—que le permitiese llevar una vida discreta, dentro de la propia isla. Ella, sin embargo, era feliz. Recorría las plantaciones de caña de azúcar, de vainilla, de cacao y de café. Un día—los franceses estaban acabando de colonizar las Commores—la reina encontró en su camino un gendarme. Alto, buen mozo, el representante de la autoridad se dispuso a saludar a la augusta paseante—a la que los indígenas continuaban considerando como su soberana—. Salimba quedó encantada de aquel hombre. Se enamoró de él. Hizo todas las averiguaciones posibles.

—Es el agente Paul Camille—le dijeron.

El idilio concluyó felizmente. Y Francia, así, logró una conquista más: la de la reina de Moheli.

* * *

La lista es mayor todavía: Said Alé, sultán de Commores; Abd-el-Krim, cabecilla del Rif; Dudmarahy, sultán de Uadai... Y ahora, con un destierro ya casi oficial, el Negus.

El nuevo delegado de Sanidad en Madrid

El jueves último se celebró el acto de toma de posesión del nuevo delegado del Ministerio de Sanidad en Madrid, Francisco Trigo, que ya anteriormente—hace un año—había ocupado este cargo, en el que realizó una labor llena de aciertos. Vuelve ahora, por mandato del Gobierno, a ese puesto, y en él—no hay riesgo en el vaticinio—desarrollará, como entonces, una labor entusiasta y fervorosa, caracterizada por ese espíritu profundo de justicia y esa atención hacia los problemas sanitarios que constituyen los perfiles fundamentales de la personalidad de Francisco Trigo. He aquí al nuevo delegado de Sanidad, con algunos funcionarios del ministerio, momentos después de la toma de posesión

(Fots. Videa)

Mademoiselle DOCTOR

La vida y las aventuras de una espía extraordinaria

XX

EL HERIDO

Dos heridos de guerra

Ana María Lesser está en pie, ante las camas. De la sala de operaciones traen los camilleros a dos oficiales que acaban de llegar, heridos, del frente de batalla.

Uno es un oficial francés de Estado Mayor. Iba en automóvil por las cercanías de la línea de fuego, y un balazo lo hirió en el hombro. El otro herido es un oficial de Zapadores belgas, agregado a uno de los regimientos franceses de Infantería. Trae una grave herida en una pierna.

Mientras los camilleros se retiran en busca de nuevos heridos, las enfermeras colocan a los dos oficiales en los lechos preparados. La enfermera-jefe se ha encargado del capitán. Ana María atiende al oficial belga.

Pide éste un cigarrillo. Con la mano y con el gesto señala dónde los tiene. Ana María saca una cajetilla del bolsillo interior de la guerrera y entrega el cigarrillo al oficial. Enciende después una cerilla y se inclina sobre el herido, para prender el cigarrillo que éste tiene en los labios.

Al verse sobre sí, muy cerca, aquel rostro de mujer, el oficial se pone intensamente pálido. Su expresión se transfigura. Rechaza aquella mano que le ofrece el fósforo encendido, y empieza a gritar:

—¡Ordenanzas!... ¡Compañeros!... ¡Pronto, aquí!... ¡Hay una espía alemana!...

René Austin

El capitán de Estado Mayor, tendido en el lecho de al lado, pregunta:

—¿Eh?... ¿Una espía?... ¿Dónde?...

El oficial belga señala a Ana María. Ella no se inmuta. Serenamente, sonriendo casi, dice:

—No diga usted disparates, señor oficial... Yo pertenezco a la Cruz Roja, y llegué hace poco de la Argentina...

signada comprensión, se refiere al belga, y dice:

—¡Pobre!... Sin duda el dolor de sus heridas le hace desvariar, ver visiones...

Mas esa serenidad es sólo aparente. Mientras su rostro nada delata, un fuerte sobresalto le palpita en el corazón. En el oficial belga herido ha reconocido a René Austin, aquel con quien flirteó en Bruselas, y que ya la desenmascaró una vez. En aquella ocasión lejana se salvó milagrosamente, corriendo a través de bosques y caminos, encontrando, por fin, una barcaza holandesa, en la que se libró del peligro. Pero ahora la situación es mucho más grave, porque se sabe rodeada de enemigos, y la huída no será tan fácil.

René Austin se incorpora como puede en el lecho. No cesa en sus gritos y en sus acusaciones.

—¡Es una espía!... ¡Es una espía!...

Los heridos se agitan en sus camas, se incorporan algunos. Empiezan a acudir gentes del Hospital. Ana María no pierde su serenidad, y logra que no asome a su rostro el espanto interior.

—¡La conozco!... ¡La conozco!...—grita René Austin—. ¡Sé quién es!... ¡Es una espía!... ¡Es *Mademoiselle Doctor!* ...

«¡Prendan a esa mujer!»

El capitán de Estado Mayor se ha estremecido al oír estas palabras. Conoce el mérito extraordinario de aquella mujer peligrosa, cuanto de ella se puede temer. Dice al oficial belga:

—Si está usted seguro de que es ella, hemos hecho un gran servicio...

Alarmados por los gritos, dos médicos han entrado en las tiendas de campaña.

—¿Qué es todo esto? ¿Qué ha pasado aquí?

El capitán les llama junto a su lecho, y les dice:

—Prendan a esa mujer. Es una espía...

René Austin quiere también hablarles, contarles cómo ya una vez desenmascaró a esta mujer peligrosa.

Algo inesperado sucede entonces. Ana María, rapidísimamente, se dirige hacia una silla y coge de ella el abrigo del capitán francés y el cinturón, del que pende el revólver. Sale corriendo de la tienda y se dirige hacia unos automóviles que están unos pasos más allá.

Los médicos han salido tras ella.

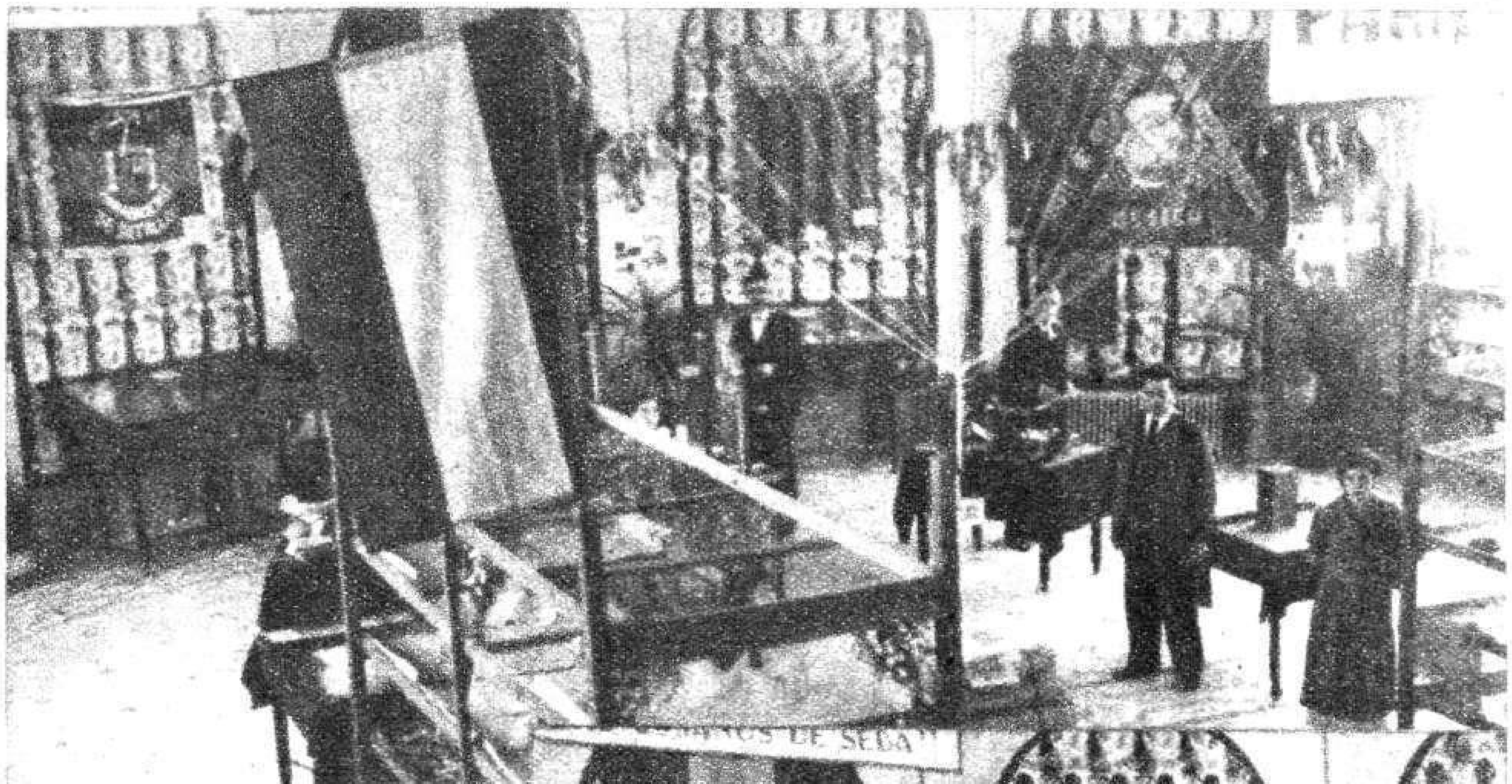
—¡Alto a esa mujer!... ¡Es una espía!...

Dos soldados que hay junto a los coches preparan sus fusiles. Pero ella, con una fuerza y una agilidad extraordinarias, da unos saltos inverosímiles y se libra de sus seguidores. De un salto enorme salva una valla que hay junto a una carretera. Cae al suelo, se incorpora, sigue corriendo frenéticamente. Suenan unos disparos a su espalda. Se esconde tras de unos árboles, para continuar después su carrera loca. Se desprende de su bata de enfermera, que queda tirada sobre el suelo. Y ella corre y corre, a través de un bosque espeso, mientras los tiros continúan sonando; pero más lejanos cada vez y en direcciones que no son la que Ana María sigue.

En el próximo número: XXI.—LA HUIDA

LA EXPOSICION SERICICOLA QUE ACTUALMENTE SE CELEBRA EN

VALENCIA



Bajo los auspicios del Ministerio de Agricultura, se celebra actualmente, en la capital levantina, una interesante y aleccionadora Exposición Sericícola, admirablemente instalada. El Comité Sedero de Valencia tiene a su cargo la labor difusora y docente del certamen, en el que se hallan recogidos todos los aspectos de esta poderosa rama de la economía nacional. En esta página publicamos tres notas gráficas de dicha Exposición, magnífico exponente de la labor divulgadora que el Ministerio de Agricultura viene realizando en todos los aspectos de la riqueza nacional

SEÑORITAS, SEÑORAS: ¡Un buen consejo que agradeceréis!: No pretendáis embelleceros sólo con productos de tocador; debéis también reconstituir vuestro organismo; para ello precisa toméis Eupartol, vigorizador único para el sexo femenino. Con

el Eupartol desaparecerán manchas, granos, rojeces, espinillas, arrugas prematuras, vicios de la sangre; obtendréis un cutis limpio. Eupartol endurecerá vuestros senos, desapareciendo la flacidez y caimiento de éstos. ¡Eupartol, secreto de vuestra belleza! Eupartol cura molestias y desarreglos mensuales, devolviéndoos salud y hermosura. Madres, no abandonéis la edad crítica..., la pubertad de vuestras hijitas; ayudadles con Eupartol. Futuras madres, debéis tomar Eupartol desde el quinto mes; tendréis un rápido y feliz parto, hijos sanos y robustos (mejoraréis la raza). Muchas ya conocéis innumerables servicios prestados por este gran preparado; si lo ignoráis, probadlo y os convenceréis. **MATRIMONIOS INFELICES** por no tener hijos, tomando Eupartol los conseguiréis. Para detalles y folleto gratuito, escribir a Consultorio femenino y de belleza a cargo de doña Montserrat Fortuny, Laboratorios Eupartol, Claris, 57, Barcelona.

Página del combatiente

(Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados)

ANTIFASCISTA: CONTRIBUYE A LA SUSCRIPCION ABIERTA PARA CUBRIR LAS NECESIDADES DE LA DIVISION de VOLUNTARIOS APADRINADA POR EL S.R.I. TU DONATIVO PUEDES ENTREGARLO EN VELAZQUEZ 73

El motor

Una de las anécdotas de más emoción que recuerdo en lo que va de guerra es el recuerdo de unos momentos de verdadero apuro pasados hace ahora un año en una de las carreteras que conducen al frente.

Iba, con otros dos camaradas, en un camión, en el que llevábamos un cargamento de cajas de municiones. Nos acercábamos a nuestro destino, cuando, al coronar una pendiente bastante dura, de repente el motor empezó a ratear, y en pocos segundos se paró por completo. El conductor y el ayudante se apearon, para revisar el coche. Estábamos, como he dicho, en lo más alto de una cuesta, y en pleno día. Sabíamos que en unas lomas no lejanas estaba el enemigo, y, en efecto, nos habíamos detenido en sitio tan visible, que a poco el primer cañonazo, silbando alto por encima de nuestras cabezas, fué su saludo. El mecánico no daba con la causa de la *panne*, y se desesperaba; dos granadas más fueron a estallar al otro lado de la carretera. No cabía duda de que nos estaban «dibujando». ¿Qué hacer? Podíamos tirarnos en la cuneta; pero eso era abandonar el coche, con su precioso cargamento. Rápidamente, el conductor decidió intentar el último esfuerzo para salvar el camión. Ibamos, entre todos, a empujarlo hasta ganar los metros que faltaban para empezar la bajada, y luego el vehículo marcharía por su propio peso. Al final de la bajada había como un kilómetro de camino llano y que ofrecía peligro; pero si lográbamos pasarlo, después la carretera se deslizaba entre taludes, y estábamos en salvo.

Poniendo a contribución todas nuestras fuerzas, logramos ganar aquellos metros; saltamos al camión, y éste empezó a bajar lentamente primero, vertiginosamente después. El enemigo, no queriendo dejar escapar su presa, precisaba el tiro. Dos o tres obuses habían caído ya detrás de nosotros; otro estalló muy delantero, en el sembrado. Indudablemente, tal como nos iban siguiendo, en cuanto llegáramos a lo llano y el camión se parara, nos acertarían.

Bajando a toda velocidad, enfilamos la recta por el impulso adquirido, y en el momento mismo en que creíamos que, falto de ímpetu, íbamos a parar el motor, sin saber por qué (como se había parado), empezó a trepidar, funcionó normalmente con un ruido poderoso, que a nosotros nos pareció un himno de triunfo, y unos segundos después estábamos protegidos por los terraplenes. ¡Ya podían ladrar los mastines de acero! Había sido algo verdaderamente providencial, como si el motor, agradecido por haberlo salvado con nuestro esfuerzo, hubiera querido en seguida correspondernos salvándonos a nosotros.—Higinio Lobo.»

La madrina

«Después de muchos meses de vivir la guerra en distintos frentes, el suceso que más me ha emocionado ha sido, sin embargo, el de una triste casualidad, presenciada por mí en Madrid.

Hace unos meses, otro camarada y yo convalecíamos en un sanatorio de las afueras de la capital de la República. Allí conocimos a una bonísima muchacha que iba a visitar a un hermano suyo, herido también, y simpatizamos tanto, que al despedirnos para volver a nuestro batallón quedamos en escribirnos, nombrándola nuestra madrina de guerra. Hay que advertir que ni mi camarada ni yo tenemos otra correspondencia, pues estamos incomunicados con nuestras familias desde que empezó la guerra.

Por eso, era para nosotros como un regalo inestimable la carta que todas las semanas, sin faltar una, nos escribía nuestra cariñosa madrina. Era nuestra única correspondencia, nuestra mejor alegría, pues nada agradece tanto un combatiente como una carta que recuerda afectos. Durante varios meses no nos faltó nunca la misiva, y hace tres semanas yo obtuve unos días de permiso para reponerme de una afección gripal. Decidí venir a Madrid, y al día siguiente de llegar, como prometí a mi camarada, mi primera visita sería para la madrina, a la que había de entregar, en nombre de los dos, un pequeño regalo: un bolso que compré aquella mañana.

Llegué a casa de la madrina. Pregunté a la portera por su piso, y vi en los ojos de la mujer un gesto de tristeza. Lo que me dijo me llenó de emoción. Aquella misma tarde, no hacía media hora, nuestra madrina había salido de la casa para siempre. Había muerto, al explotar en su piso uno de los obuses que la noche anterior cayeron sobre Madrid. No puedo explicar lo que sentí. Rabia, pena y una decisión muy grande de luchar cada vez con más tesón para vengar aquel crimen frío, perpetrado con siniestra alevosía, sobre vidas inocentes.—Mariano Alvarez Aldana.»

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS PTAS. 4.[illegible] CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

TAQUIGRAFIA, [illegible] tala. Redactada fo[illegible] innecesario profesor. Sexta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

PARA anunciar en esta sección diríjase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, núm. 9, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

CARTELERA DE ESPECTACULOS DE LA SEMANA

(INDUSTRIA INTERVENIDA POR EL ESTADO) **Del lunes 9 al domingo 15 de Mayo de 1938**

TEATROS

A las 6,30

ASCASO.—Malvaloca.
BARRAL.—Se rifa un hombre.
COMEDIA.—¡Cuidado con la Paca!
CHUECA.—Lolina, Luciano y yo.
ESLAVA.—Usted es mi hombre.
ESPAÑOL.—Juan José.
FUENCARRAL.—La chula de Pontevedra.
GARCIA LORCA (antes Popular).—¡Que me la traigan!
JOAQUIN DICENTA.—¡Ole con ole!
LARA.—Un tío con tragaderas.
LATINA.—Consuelo la Trianera.
LOPE DE VEGA (antes Alkázar).—¡Qué más da!
MARAVILLAS.—La Niña de la Mancha.
MARTIN.—¡Las hay... frívolas!
PARDIÑAS.—El Mesón del Pato Rojo.
PAVON.—A la orden de la República, Mi puesto está en las trincheras, Consejo de guerra y La evasión de los flamencos.
PROGRESO.—La madre.

TEATROS DE VARIEDADES

CALDERON.—Variedades 1938, con los más eminentes artistas del género: Ramper, Moreno, Lupe Rivas Cacho, Marinita, etc.
VARIEDADES (antes García Lorca).—4,15 y 7: Formidable programa de *variétés*, con Arthur, La Yankee, Castex, Niña de los Peines, Pastora Imperio, etc.

CINEMATÓGRAFOS

A las 5 y 7 de la tarde

ASTUR.—La carretera del Infierno. Jueves: El último varón sobre la tierra.
AVENIDA.—Sueños de juventud.
BARCELO.—El rey de las nodrizas.
BILBAO.—Amor gitano.
CAPITOL.—Magnolia. (Segunda semana.)
DORE.—En busca de una canción. Jueves: La ciudad sin ley.
ENCOMIENDA.—Piernas de perfil. Jueves: ¡Centinela, alerta!
FIGARO.—Rebelión en China.
GENOVA.—Mademoiselle Zazá. Jueves. La tripulación del cielo.
GOYA.—El príncipe de media noche. Jueves: Un par de gitanos.
MONUMENTAL.—Nuestro culpable. (Segunda semana.)
PADILLA.—Sombrero de copa. Jueves: La última avanzada.
PALACIO DE LA MUSICA.—Ruta de héroes.
ROYALTY.—El ángel de las tinieblas. Jueves: La divina gloria.
SALAMANCA.—El bailarín pirata.
TETUAN.—Tiempos modernos. Miércoles: La portera de la fábrica. Viernes: La vida futura.
TIVOLI.—Marinela.

CINES DE SESION CONTINUA

De 11 mañana a 9 noche

ACTUALIDADES.—Semana Paramount: Homenaje a Betty Boob.
CALATRAVAS.—Un par de gitanos.
GONG.—Deseo.
MADRID-PARIS.—Amar en ayunas.

De 4,30 tarde a 9 noche

BELLAS ARTES.—Byllie, dos veces hijo. Jueves: El ángel de las tinieblas.
BENAVENTE.—Las fronteras del amor. Jueves: El acorazado misterioso.
CHAMBERI.—Secretos de la Policía de París. Jueves: Joaquín Murrieta.
DOS DE MAYO.—La vida futura. Jueves: El hombre sin rostro.
ELCANO.—Charlie Chang en el circo. Miércoles: Manchuria. Viernes: La Reina Mora.
FLOR.—El vidente. Jueves: El rey de los Campos Elíseos.
HOLLYWOOD.—El sobre lacrado. Jueves: Charlie Chang en el circo. Domingo: Soberbio fin de fiesta.
METROPOLITANO.—La hija del barrio. Jueves: Es el amor.
OLIMPIA.—Cachorro de mar. Jueves: Gracia y simpatía.
PLEYEL.—«Mata-Hari». Jueves: Prisionero del odio.
PRENSA.—Asesinato por televisión.

CINES CON «FIN DE FIESTA»

DURRUTI.—Mi ex mujer y yo. *Variétés*, con Conchita Sánchez, Maruja Vidal, Amart y Querubine, Anita Heredia, Niño Caracol y Paco el Lorqueño.
PANORAMA.—Amor de gaucho. *Variétés*, con Margarita Jiménez, Gloria Madrid, Hermanas Piquer.
PROYECCIONES.—Un perfecto caballero. *Variétés*, con Conchita Alonso, Adelita Saavedra, Maruja Quiroga, Carmelita Moreno, María Luisa Jiménez.
RIALTO.—Bajo dos banderas. *Variétés*, con Kety Solera, Angelita Hernández, Pepita Támara, Angelita Ramos, Carmelita Vázquez.

Cómo es el mayor ATTLEE

Militar, abogado, profesor y político

El Club de las "salchichas" y el viaje a la India

Una vez más, la voz del mayor Attlee ha sonado en la Cámara inglesa, en defensa de la República. Attlee viene siendo uno de los mejores—más constantes, más decididos y más eficaces—amigos de España en esta hora. Su voz se ha alzado una y otra vez en favor nuestro, y ahora, con ocasión del debate parlamentario en torno al acuerdo angloitaliano, se ha elevado de nuevo en sentido idéntico al de las veces anteriores.

Hoy, el nombre de Attlee es familiar a los españoles. Antes de la guerra, sin embargo, apenas nadie conocía al político inglés. En los mismos medios políticos europeos, y hasta en su propio país, el jefe de la oposición laborista era, hasta no hace mucho tiempo, conocido de un modo muy incompleto. Y es que la ascensión política de Attlee ha sido muy rápida y ha sido, además, hecha silenciosamente, austeramente, sin estridencia ni publicidad, sin efectismos ni golpes teatrales.

Es, por su aspecto y sus modos, un inglés típico. Es sobrio, reflexivo y sincero. Le faltan el brillo, lo pintoresco, lo espectacular: todas esas cualidades que determinan magnéticas reacciones en las multitudes y que son muchas veces la clave de los grandes éxitos populares. Y tiene, no obstante, todas las simpatías de la Cámara de los Comunes, tan celosa en la elección de sus héroes. No es Attlee un gran orador, al modo habitual; es lento, y frecuentemente interrumpe sus oraciones políticas para consultar sus notas y sus referencias, en apoyo de los razonamientos de su discurso. Pero todo esto es vencido por su profundo acento de sinceridad, por la convicción que pone en el servicio de su causa, por su juicio reflexivo, meditado y serio. De estas virtudes arranca su prestigio político.

Correcto, siempre en una actitud de atención y comprensión para el pensamiento político del adversario, Attlee ha sabido hacer olvidar que en el fondo es para los socialistas un extraño, un recién llegado, que no ha cumplido el *stage* habitual en las organizaciones obreras de las Trade-Unions.

Clement Richard Attlee fué alumno de Oxford y perteneció al Colegio de Abogados de Londres. Fué también profesor de Ciencias Sociales. Durante la guerra, sirvió en Infantería, y después, en una unidad de tanques, en Gallípoli. Su actuación en la línea de fuego le valió destacadas recompensas.

Se inicia en política como alcalde de Stepney. En 1922 es elegido diputado, y en seguida, a raíz de la victoria del partido Laborista, comienza a actuar activamente. Es nombrado subsecretario de Estado de Guerra, y Mac Donald llega a estimarlo profundamente, por sus conocimientos, su inteligencia, su sentido de la justicia, su capacidad para el trabajo. Llega a canciller del ducado de Lancáster y a director general de Correos. En 1931 reemplaza de un modo efectivo al jefe del partido laborista, y es ya el *leader* de la fracción obrera de la Cámara.

Attlee no posee fortuna. Vive de su asignación parlamentaria. Conoce profundamente Inglaterra: sus ciudades, sus recuerdos, sus rincones. A través de los caminos ingleses ha hecho constantes excursiones a pie, en un afán fervoroso por conocer todas las bellezas de su país. Amante apasionado del viejo Londres, conoce de modo perfecto la historia de todas esas «viejas piedras», hasta el punto de considerársele como una verdadera enciclopedia ambulante de la capital británica.

Cuando alguien le pregunta si pertenece a algún club responde:

—¡Soy miembro del Club de los *hog dogs!* ...

Hog dogs quiere decir «salchichas». Y esto tiene su pequeña anécdota. Muchos miembros del Parlamento que no poseían rentas, lograron que el *buffet* de la Cámara—*tea-room*, al modo tradicional—cambiase de carácter. En vez de té y de pan tostado, hicieron que se les pudiera servir también desayunos calientes y «proletarios»: huevos, salchichas, etc. Y así nació el llamarse a los diputados «miembros de los *hog dogs*».

Attlee visitó, en compañía de su esposa, la India. Iba en misión oficial. Recorrió detenidamente, a lo largo de dos años, aquel país de suntuosidad y de miseria. Palacios, rajás, tigres, fakires. Recibido por los rajás en sus maravillosas residencias de ensueño, no se dejó cegar por el brillo de aquellas magnificencias. Attlee veía demasiado bien que tras todo aquello estaba el coro sombrío y hambriento de millares de parias. Sólo el trabajo agotador de millones de hombres podía labrar aquellas riquezas de *Las mil y una noches*.

Al cabo de dos años, Attlee y su esposa estaban de nuevo en su hogar de Londres, junto a sus cuatro hijos.

Los amigos les preguntaban sobre sus impresiones del gran viaje. Les preguntaban, sobre todo, por las fastuosidades de los palacios, de los desfiles, de las vestiduras.

La esposa del *leader* obrerista, resumiendo el pensamiento de los dos, supo responder:

—Sí... Mas todo ese esplendor no vale el placer—prosaico, pero sano—que espera en los rincones del hogar...

FERNANDO OSSORIO

He aquí al mayor Attlee conversando con el general Miaja durante su visita, hace unos ←—meses, a Madrid

↑ Attlee recorriendo las calles bombardeadas de Argüelles, durante su visita a la capital española

Attlee pronunciando un discurso en un acto de propaganda política en Hyde Park, en Londres

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid
(Printed in Spain)